

—Léase: se vió obligado á huir de Roma; y pasó á Rodas.

En Rodas pensaba encontrar un famoso retórico llamado Molon; pero César contaba sin los piratas. César *no llevaba todavía consigo su fortuna* y lo cogieron los piratas que infestaban el Mediterráneo.

Digamos una palabra sobre esos piratas, que hacía el año 80 antes de Jesucristo, desempeñaban sobre poco mas ó menos en los mares de Sicilia y Grecia el papel que desempeñaron en el siglo XVI los corsarios de Argel, Trípoli y Tunez.

Esos piratas habian sido en otro tiempo, en su mayor parte, auxiliares de Mitridates; pero habiendo batido Sila á este en el año 94 antes de Jesucristo, habiéndole tomado la Jonia, la Lidia y la Misia, habiéndole matado doscientos mil hombres, habiendo destruido todos sus buques, y habiéndolo reducido á los Estados de su padre, los marinos del rey del Ponto se hallaron sin ocupacion y no pudiendo combatir ya por cuenta del padre de Farnaces resolvieron combatir por cuenta propia.

A ellos se agregaron porcion de sicilianos, sirios, chipriotas y panfilianos, á quienes las depredaciones de los procónsules romanos enviados á Oriente habian sacado fuera de quicio.

Roma, ocupada en las guerras entre Mario y Sila, dejaba el mar sin defensa. Los piratas se apoderaron de él.

Pero no se limitaban ya á atacar las barcas, la s

galeras y hasta los buques de mayor porte; “devastaban, dice Plutarco, las islas y las ciudades marítimas.”

Bien pronto á aquella multitud de aventureros y de hombres sin importancia se unieron los proscritos de Sila, esto es, nobles y caballeros. Así como la palabra *bandido* ha venido á nosotros de la voz *bandito*, así la piratería llegó á ser una reaccion del Oriente contra el Occidente, una especie de oficio, si no honroso, al menos pintoresco y poético, que pudo proporcionar, á los Byron y los Carlos Nodier de la época, tipos como Conrado y Juan Sbogar.

Tenian arsenales, puertos, torres de observación y ciudades perfectamente fortificadas. Cambiaban de la tierra al mar y del mar á la tierra señales comprendidas de ellos solos, á distancias considerables.

Sus escuadras estaban provistas de buenos remos, de excelentes pilotos, de marinos consumados.

Sus buques se construían á su vista por los mejores constructores en Grecia ó en Sicilia. Algunos asombraban por su magnificencia: las popas de los que montaban los gefes principales estaban doradas; las habitaciones tenían tapices de púrpura; batian el mar con remos plateados; erigian, en fin, el bandidaje en trofeo.

A veces se oía de noche desde una ciudad situa-

da á la orilla del mar, una música que rivalizaba en dulzura y melodía con el canto de las sirenas, y se veía pasar un castillo flotante iluminado como una ciudad en tiempo de fiesta. Eran los piratas que daban á bordo concierto y baile.

Frecuentemente al dia siguiente la ciudad contaba á los cantos de la víspera con gritos de desesperacion, y la fiesta sangrienta sucedia á la fiesta perfumada.

Se contaban mas de mil de esos buques surcando el mar interior de Gades á Tiro, y de Alejandría al estrecho de Lesbos.

Mas de cuatrocientas ciudades habian sido ya tomadas y obligadas á pagar rescate. En fin, templos sagrados hasta entonces, habian sido hollados, profanados, saqueados; los de Claros, de Dídimo, de Samotracia, los de Céres en Hermione, de Esculapio en Epidauro, de Juno en Samos, de Apolo en Actium y en Léucade, de Neptuno en el istmo, en Ténaro y en Celauria.

En cambio aquellos bandidos hacian sacrificios á sus dioses y celebraban misterios secretos, entre ellos los de Mithra, que fueron los primeros en hacer conocer.

A veces desembarcaban y se hacian salteadores de caminos; infestaban las vías todas y destruían las casas de recreo próximas al mar.

Un dia apresaron dos pretores vestidos con sus mantos de púrpura, y ademas los lictores que llevaban ante ellos las haces.

Otro dia tocó el turno á la hija de Antonio, magistrado que habia sido honrado con el triunfo, y se vió obligado á pagar un enorme rescate.

A veces un prisionero, olvidando con quiénes tenia que habérselas, exclamaba para inspirarles respeto:

—¡Cuidado! ¡soy ciudadano romano!

Entonces gritaban ellos.

¡Ciudadano romano! ¿Por qué no lo decías antes, señor? ¡Pronto! que le traigan al ciudadano romano su traje, su calzado, su toga, á fin de que nadie lo vuelva á desconocer en lo sucesivo!

Luego, cuando el ciudadano habia acabado de arreglarse, ponian el buque en facha, tendian al costado una escalera cuyo extremo llegaba al mar y decian al orgulloso prisionero:

—Ciudadano romano, libre teneis el camino, volved á Roma.

Y si él mismo no se lanzaba de buen grado al mar, lo precipitaban en él á la fuerza.

Hé ahí los hombres en cuyas manos habia caido César.

En seguida le pidieron veinte talentos por su rescate.

Bah! dijo César burlándose, parece que no sabeis la presa que habeis hecho; ¡veinte talentos por el rescate de César! César os dará cincuenta. Solo que, ¡cuidado! una vez libre César, os hará crucificar.

Cincuenta talentos era entonces tanto como hoy cincuenta y dos mil quinientos pesos.

Los bandidos aceptaron el tratado riéndose.

César mandó al instante todo su séquito á recoger aquella cantidad, quedándose solo con un médico y dos ayudas de cámara.

Treinta y ocho dias permaneció con sus cilicianos, “hombres muy inclinados al asesinato,” dice Plutarco, y los trataba con tal desprecio, que cada vez que iba á dormir les hacia decir que se callaran; despues, cuando despertaba, jugaba con ellos, escribia poesias ó hacia discursos, tomándolos por oyentes y llamándolos brutos y bárbaros si no lo aplaudian cuando él creia que sus versos ó sus discursos lo merecian.

Luego, al fin de cada juego, de cada conferencia ó de cada lectura:

—Bueno, decia César separándose de ellos, eso no impedirá que un dia ú otro os haga morir en cruz como os tengo ofrecido.

Y ellos se reian de aquella promesa, llamándolo buen muchacho y celebrando su humor jovial.

Al fin llegó el dinero de Mileto.

Los piratas, fieles á su palabra, dejaron en liber-

estad á César; el cual, desde el bote que lo conducia al puerto, les gritó por última vez:

—¿Ya sabeis que he prometido haceros crucificar?

—Sí! sí! le contestaron ellos.

Y sus carcajadas lo acompañaron hasta tierra.

César era hombre de palabra. Apenas hubo desembarcado, armó buques, persiguió al que lo había aprehendido, lo aprehendió á su vez, hizo dos partes de la presa, una del dinero y otra de los hombres, encerró á estos en las prisiones de Pérgamo, y en seguida fué personalmente á ver á Junio que gobernaba el Asia, á pedirle el castigo de los piratas, pues no queria quitarle ninguno de sus privilegios de pretor. Pero Junio, viendo la enorme cantidad de oro y plata cogida á aquellos, contestó que la cosa merecia ser examinada despacio.

Aquello queria decir, en buen latin, que el pretor queria dar tiempo á los piratas para que doblaran la cantidad entregada, despues de lo cual los soltaria.

Eso no le convenia á César; semejante venalidad le haria faltar á su palabra.

Así, pues, volvió á Pérgamo, se hizo entregar los presos, y por medio de sus marineros los hizo clavar en cruz á todos, ante sus ojos.

Tenia veintiun años escasos cuando ordenó aquella ejecucion.

Cosa de un año despues volvió César á Roma.

Habia estudiado en Ródas, al par de Ciceron, no con Molon, que habia muerto en el intervalo, sino con Apolonio su hijo.

Sin embargo, viendo en breve que el estudio de la elocuencia era una cosa muy poco en armonía con la necesidad de accion que lo devoraba, partió á Asia, armó un cuerpo de tropas por su cuenta, espulsó de la provincia á un teniente de Mitridates que habia entrado en ella, y mantuvo en el deber á los que se mostraban indecisos ó vacilantes.

Despues volvió á aparecer en el Forum.

Su aventura con los piratas habia causado algun ruido; su expedicion á Asia no habia dejado de tener algun eco; era, pues, lo que los ingleses llamarian en nuestros dias un hombre excéntrico, y los franceses un héroe de novela.

Hasta los rumores esparcidos sobre él y Nicomedes, que hacian reir á los hombres, inspiraban curiosidad á las mujeres.

Cuando las mujeres se encargan de la celebridad de un hombre, pronto está hecha su reputacion. César, jóven, hermoso, noble y pródigo, fué en breve el hombre á la moda.

Se dedicó á la vez á los negocios del corazon y á los negocios de Estado; al amor y á la política.

De esa época deben datar las palabras de Ciceron:

—¡El un ambicioso! ¡Ese hermoso jóven que se rasca la cabeza con un solo dedo para no descomponerse el peinado! No, no puedo creer que ponga jamas en peligro á la república.

Entretanto, César se hacia nombrar tribuno de los soldados en competencia con Cayo Popiño, al cual venció.

Desempeñando aquel cargo fué cuando empenó la lucha contra Sila.

Sila habia restringido mucho el poder de los tribunos. César hizo valer la ley Plautia y llamó á Roma á Lucio Cinna, su cuñado, y á los partidarios de aquel Lépido de que hemos hablado arriba, los cuales, muerto su gefe, habian huido al lado de Sertorio.

Ya nos ocuparemos mas tarde de ese otro capitán aventurero, fiel, contra toda costumbre, á Mario, al cual debia su fortuna. Por ahora volvamos á César.

César continuaba su camino; elegante, generoso, apasionado con las mujeres, gracioso en la calle, saludando á todo el mundo, estrechando con su blanca mano las manos mas rudas, como ya hemos dicho, y soltando de tiempo en tiempo estas palabras, cuando alguno estrañaba sus estremadas condescendencias con el pueblo:—Acaso, antes que todo, no soy el sobrino de Mario?

Ahora bien: ¿de dónde sacaba César el dinero que gastaba?

Era un misterio; pero todo misterio excita la curiosidad, y cuando el hombre misterioso es al propio tiempo un hombre simpático, la popularidad se aumenta con el misterio mismo.

En fin, César á los veintiun años tenia la mejor mesa de Roma; la bolsa que colgaba de aquel cinturón flojo que le reprochaba Sila, estaba siempre llena de oro; ¿qué les importaba á aquellos á quienes la bolsa auxiliaba, la fuente de donde aquel oro salia?

Como quiera que fuera, su debe y su haber estaban casi á la vista.

Antes de su tribunado se sabia ya que estaba empenado en mil trescientos talentos; léase un millon doscientos treinta mil pesos.

—¡Bueno! decian sus enemigos, dejadlo proseguir y ese loco acabará por quebrar.

—Dejadme seguir así, decia César, y la primera revolucion liquidará mis deudas.

Despues del tribunado fué investido de la cuestura.

Durante el desempeño de ese cargo fué cuando perdió á Julia, su tia, y á Cornelia, su mujer, y pronunció el elogio de ambas.

Ya hemos dicho al principio de este libro, que elogiando á su tia, exaltando su comun origen, se es-

presó en estos términos: “Descendemos, por un lado, de Anco Marcio, uno de los primeros reyes de Roma, y por el otro, de la diosa Vénus; mi familia, pues, reúne la santidad de los reyes, que son los señores de los hombres, y la majestad de los dioses, que son los señores de los reyes.”

El discurso produjo gran efecto.

“César, dice Plutarco, hubiera sido el primer orador de su tiempo, si no hubiera preferido ser el primer general.”

Aquella fué una ocasion que se le presentó á César para conocer la estension de su influencia naciente.

Era uso antiguo en Roma pronunciar discursos sobre los cuerpos de las mujeres de cierta edad, y la tia de César se hallaba en ese caso, pues contaba ya mas de sesenta años; pero nunca se habian pronunciado sobre los cuerpos de las jóvenes. Ahora bien; la mujer de César, cuya oracion fúnebre acababa este de pronunciar, tenia veinte años apenas.

Así cuando empezó el elogio de Cornelia, se alzaron algunas voces contra el orador; pero el pueblo, que se hallaba allí agrupado en inmenso número, impuso silencio á los oponentes, y César pudo continuar en medio de los aplausos del mismo pueblo.

El regreso á su casa de la calle Suburra, fué un triunfo.

César acababa de proporcionar una nueva diversion, con el elogio de las jóvenes muertas, á aquel pueblo de ociosos y aburridos.